

Concurso Literario

2022

Cuento y ensayo



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Medicina

Concurso Literario

2022

• Cuento y ensayo •

Facultad de Medicina
Universidad de Antioquia

© Facultad de Medicina Universidad de Antioquia
ISSN: 2346-0210
Hecho el depósito legal
Concurso Literario Facultad de Medicina 2022
Cuentos y ensayos. Ganadores y menciones

Coordinación del Concurso: Yésika María López Ramírez

Coordinación editorial: Robinson Quintero Ossa
Omaira Bustamante Restrepo

Decano: Carlos Alberto Palacio Acosta

Vicedecano: Luis Miguel Acevedo Arroyave

Organiza: Comité Cultural de la Facultad de Medicina
Juan David Castro Quintero
Jefe Oficina de Comunicaciones
Yuri Viviana Cano Sánchez
Coordinadora Bienestar y Cultura
Yésika López Ramírez
Gestora Cultural

Diseño de la cubierta: Yeimy Daniela Valencia Arias

Diagramación: Imprenta Universidad de Antioquia

Primera edición: abril de 2023

Hecho en Colombia / Made in Colombia
Prohibida la reproducción sin autorización de la Facultad de Medicina
de la Universidad de Antioquia

Oficina de Comunicaciones de la Facultad de Medicina
Teléfono: (+57) 4 219 60 49
Dirección electrónica: comunicacionesmedicina@udea.edu.co
Dirección postal: Carrera 51D N.º 62-29 Medellín, Antioquia

Imprenta Universidad de Antioquia
(+57) 4 219 53 30
imprenta@udea.edu.co

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no
compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia.

Contenido

Acta del Jurado.....	7
Presentación	
Robinson Quintero Ossa	11
MODALIDAD CUENTO	17
Primer puesto	
Autocontemplación	
Rubén Alejandro Velandia Úsuga.....	19
Segundo puesto	
La gran obra5	
Edwar Andrés Berrío Ramos.....	25
Mención	
Brenda	
María Fernanda Meza Pacheco.....	30

MODALIDAD ENSAYO.....	35
Primer puesto	
El incansable repetir de los días	
Federico Quiroz Gómez	37
Reseña de los autores	41
Autores y obras participantes en el concurso	43

Acta del Jurado

A los 7 días del mes de octubre de 2022 se reunieron los miembros del jurado del Concurso Literario Facultad de Medicina 2022 –Universidad de Antioquia–, Luis Germán Sierra y Julián Rondón, para deliberar sobre los ganadores y posibles menciones. Después de considerar y discutir sobre los aciertos, calidades, temáticas, riesgos, poéticas, originalidades y estilos de los 19 cuentos y 3 ensayos presentados, los jurados decidieron premiar por unanimidad los siguientes textos:

Modalidad cuento

Primer puesto: “Autocontemplación”, firmado con el seudónimo “Velandia”, correspondiente a Rubén Alejandro Velandia Úsuga, C.C. 1017253846. Un relato que se atreve a explorar rasgos psicopatológicos diversos a través de una prosa equilibrada, con personajes creíbles, que pone de relieve un asunto humano “políticamente incorrecto”: “el bueno y el malo, simultáneamente, que todos llevamos dentro”. El doctor Jekyll y mister Hyde.

Segundo puesto: “La gran obra.”, firmado con el seudónimo “Berrío”, correspondiente a Edwar Andrés Berrío Ramos C.C. 1053780130. Un cuento que valora el humor, haciendo del suicidio un gesto jocoso, su premeditación y las circunstancias que lo abarcan.

Mención: se otorga una mención especial para “Brenda”, firmado con el seudónimo “Ariam”, correspondiente a María Fernanda Meza Pacheco, C.C. 1067956586. Un texto que narra el conflicto armado desde una óptica diferente, haciendo referencia a los yugos generacionales que arrastra un entorno violento, a través de una entonación apropiada, rítmica, gramaticalmente aceptable.

Modalidad ensayo

Primer Puesto: “El incansable repetir de los días”, firmado con el seudónimo “Cecilia Alfarero”, correspondiente a Federico Quiroz Gómez C.C. 1001370563. Un texto con argumentos sólidos a favor de lo cotidiano, con buena sintaxis, buena semántica. Se trata de un texto pragmático, que arriesga una opinión personal.

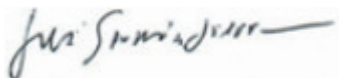
Segundo puesto: Se declara desierto, teniendo en cuenta que ninguno de los dos textos restantes cumple con los requisitos mínimos de un ensayo, porque son más reseñas sobre la filosofía y el cine.

El jurado celebra la continuidad del Concurso como una iniciativa que promueve y estimula la creación literaria en una Facultad de Medicina que cada vez más es llamada a unirse a una reflexión humanista velando por el papel esencial de la cultura en el campo de las ciencias, tanto en Colombia como en el mundo. Ya lo decía el notable dramaturgo ruso Antón Chéjov, quien además era médico, a través de dos de sus frases más citadas: “El arte de escribir consiste en decir mucho con pocas palabras”, haciendo alusión al

valor de lo breve en la concepción del cuento como género literario, escondiendo argumentos en el simbolismo de sus descripciones magistrales y en el acto reflexivo de sus personajes. La segunda frase dice: “Cuando pienso en mi vocación no temo a la vida”, con la que expresa que su talento lo aleja ineludiblemente del vacío, o de la muerte en vida como sinónimo de ese vacío.

Para constancia se firma este documento el día 7 de octubre de 2022.

Los jurados,



Luis Germán Sierra Jaramillo
C.C. 8396036



Julián Rondón Carvajal
C.C 1152434328

Presentación

Robinson Quintero Ossa

1

“Autocontemplación”

En “Autocontemplación”, de Raúl Alejandro Velandia —primer puesto del Concurso de Cuento de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia 2022—, un muchacho va rumbo a casa pateando una piedra y encuentra de pronto un escarabajo rinoce-
ronte, lo toma del cuerno y lo lleva a casa para abrirlo de cabeza a cola a fin de examinar qué es lo que se mueve en su interior, qué es lo que le da vida al insecto. Y, como lector, me da por pensar que el autor, con su historia, me ofrece también una alegoría de lo que es escribir un cuento, es decir, que ese inesperado escarabajo es el impensado argumento que topa el escritor, que ese cuerno del que el muchacho toma al insecto para llevarlo a casa es el cabo de la trama que el narrador, desde el primer párrafo hasta su línea culminante, disecciona para aproximar qué es lo que se mueve en el entresijo de la

historia, qué es lo que le da vida al texto. Y, aunque en ambos casos, en ese acto de buscar respuestas se encuentre que las mismas no son precisas, sentir que en esa distracción de diseccionar —ya el bicho, ya el texto— hay un asombro apasionante, una tensión permanente, ineludible, que seduce. De pronto, entre otras cosas, esto nos quiere decir Raúl Alejandro Velandia Úsuga (1997) en sus letras, cuyo título (“Autocontemplación”) parece sugerir una referencia a sí mismo en dos sentidos: primero, a su oficio de escritura, pues insinuando que el personaje del cuento es monstruoso, sugiere también que, en el trance de su desdoblamiento, mientras escribe en el empeño de hacer creíble su expresión, es también monstruoso el escritor; y segundo, una referencia a su oficio clínico, pues la curiosidad del personaje del relato, que lo lleva a una práctica sin límites, insinúa así mismo que, en el menester de su profesión, mientras procede en la operación de abrir un cuerpo, por ejemplo, es en cierta forma “monstruoso” el médico. Y agrego yo, por igual monstruoso el lector que se lee en las páginas de la historia, atrapado y excitado por la sugestión de sus trastornadas impresiones. La literatura es un juego de interpretaciones. Lo que sí parece dejar claro Raúl Alejandro Velandia en su narración es que, en algún momento, frente a esas relaciones cotidianas que nos son opresivas y violentas podemos ripostar con un proceder más abusivo y desmedido. Esto **(en|** una posible alusión a variadas conductas intolerantes que nos exceden y que sobreabundan en distintos entornos, como en nuestro país que, cuando se contempla a sí mismo, cuando repagina su historia, digo yo, se descubre muchas veces, también, monstruoso.

2

“La gran obra”

Ahora me da por pensar que escribir un cuento es como relata Edwar Andrés Berrío en “La gran obra” —segundo puesto del Concurso

Literario de la Facultad de Medicina 2022—, es decir, plantear un experimento exponiendo un número de variables para dar con una resultante precisa, y encontrar que por más que pongamos cuidado y determinación en esa precisión, por mucho que apliquemos empeño y refinamiento a una “gran obra” (escenario, objetos, materiales, ajuste de fechas y horarios), aun cuando todo esté “puesto en su lugar y momento”, un dato inesperado, un algo imprevisto, en otras palabras, un punto de giro no sospechado, nos lleva a otro desenlace, a otra consecuencia, a un nuevo asombro, cambiando nuestro punto de vista, alterando nuestra perspectiva. La alegoría vale si sumo a ello que el autor por igual nos sugiere que, así como en un cuento, en las vidas de toda nuestra vida cada acto, cada secuencia de nuestros proceder, no obstante que sean planeados y ejecutados con la mayor minuciosidad y oficio, pese a que entreaguemos en ellos experiencia y lucidez, estos tienen casi siempre un margen de error, un imperfecto, un vacío; nos sugiere que el libreto de una vida en búsqueda del orden y la armonía no es más que una guía abierta y no un paso a paso literal y siempre sujeto a previstos. Extraña e intrigante narración en la que la exactitud y lo inexacto dan una tensión admirable al transcurso de la trama.

3

“Brenda”

Sigo con alegorías. También pienso que escribir un cuento es como dar vida a un rumor, tal y como sucede en el relato de María Fernanda Meza —mención en el Concurso de Cuento de la Facultad de Medicina 2022— cuando la protagonista de la historia, Brenda, es vista por la dañina habladora del pueblo donde es recién llegada como una extraña con pasado oscuro y peligroso, de pronto desmovilizada de un grupo guerrillero, tal vez culpable de negocios turbios, pero en la trama de ese cuento, en su punto de giro, en su

desenlace inesperado, el relato nos asombra con una resolución que convierte el rumor en otra historia, completamente posible, o por lo menos, aunque esté contada por las ficciones de la imaginación, absolutamente verosímil. La “Brenda” del cuento es el cuento de muchas Brendas que existen en nuestro país, la historia de madres cabeza de familia provenientes de ~~una~~ escenario vulnerable y difícil, ripioso de oportunidades, que en una situación de quiebre y desfavor, tanto ellas como sus descendientes, son huérfanos en un país huérfano. Si la memoria busca recobrar la literatura para que esta a su vez recobre la memoria, estos sucesos de la escritura de María Fernanda Meza tal vez sirvan para advertir, desde la dolencia de sus palabras, que aún no tiene término la historia desamparada de los hijos desamparados de Colombia.

4

“El incansable repetir de los días”

La importancia en nuestras vidas de los hechos y las cosas en apariencia sin significancia es el tema del sereno ensayo “El incansable repetir de los días”, de Federico Quiroz Gómez, ganador del Concurso Literario de la Facultad de Medicina 2022: “No somos los grandes momentos por los que pasamos sino pequeños momentos aleatorios”. Con lo cual nos quiere decir que, en nuestro itinerario cotidiano, lo sencillo, lo simple, también es complejo y posible de gracia. Aquella vida que transcurre discreta, casi callada e imperceptible, que se sostiene por debajo del bullaje de los eventos más resonantes, esa que sumada en mínimos sucesos son “los días que uno tras otro son la vida”, como dejó escrito el poeta Aurelio Arturo, es la que nos procura un real asombro, un colmado bienestar. Si un buen ensayo rescata la experiencia de un suceso o la lectura de un argumento desde un punto de vista nunca antes observado, lo que rescata Federico Quiroz con su experiencia de discernir el

mundo es que en lo aparentemente poco hay suficiente, que lo escaso puede llegar a ser bastante, que detrás de la monótona apariencia hay una profunda evidencia. El escritor nos convida a cuestionar la verdadera importancia de lo que más impacta, de lo que “más suena” o es viral, eso que se mide en números y efectividad, como es la cifra de usuarios de un canal de televisión, la estadística de aprobaciones de un tanteo político, la cantidad de seguidores de un *influencer* en el vértigo virtual y efímero de las páginas de las redes sociales. También nos llama a revisar el escritor el concepto que tenemos del tiempo, pues pone en reflexión la calidad de ese transcurrir útil y oficioso, ambiciosamente mercantilista, que corre sus manecillas de horas, minutos y segundos, contrarias a las agujas de ese otro reloj que señala las pausas, los silencios, esos espacios e instantes que nos ponen a observar y descifrar, por ejemplo, los miedos, las incertezas, los acasos, el mismo pensamiento de la muerte. Todo lo anterior, nos suma el autor en esta agradable pero también sería meditación, ha llevado a una ausencia de sensibilización con nuestro entorno, con sus personajes diarios, con la forma en que vemos el mundo. Hay que “darle alegría al incansable repetir de los días” en la búsqueda de tener una existencia con más “sostenibilidad y sentido”, propone Quiroz Gómez. Siendo que vivir es “tedioso y cansino” —concluye el pensador—, es necesario que el hombre tenga consciencia emocionada de esos instantes que, aunque repetidos, aunque en una primera impresión se muestren intrascendentes, son los que hacen una vida más plena, suficiente de significado. Y con esto parece argumentarnos que los totalitarismos ideológicos, las posiciones verticales, los pareceres publicitarios, los pensamientos de boga, llevan a aspiraciones equívocas, a supuestos enajenados, pues la definición de la vida “no es única y mucho menos será único el sentido para vivirla”.

Modalidad cuento

Primer puesto

Autocontemplación

Rubén Alejandro Velandia Úsuga

—Es fácil, solo debes juntar tus labios como si fueras a lanzar un pico, pero sin juntar los dientes y dejando un huequito para el aire —le explicaba Luis—. Así, muy bien —se alegra él mientras hace una mueca de un silbido—. Ahora sopla fuerte.

Después de muchos intentos, la pequeña Nina logra hacer sonar sus labios, aunque para ser sinceros, se oía más fuerte el sonido del viento. Estando al frente de la casa donde vive la pequeña, Luis le adorna el cabello con flores amarillas. Él adora a Nina y le encanta jugar con ella. La tarde ya casi termina y los padres de Nina la llaman para entrar a su casa; la hora de juegos acaba en ese momento.

—Adiós, Luisisis —se despide la pequeña Nina, de tan solo tres años, mientras mueve su mano de lado a lado con una sonrisa.

Luis camina por las calles rumbo a su casa pateando algunas rocas del camino, pero se detiene un momento a mirar a un escarabajo rinoceronte que se posó en frente de sus pies. Está inquietado por

cómo ese insecto se puede mover con una cabeza tan grande y patas tan cortas. Decide llevarlo a casa para estudiarlo con más detenimiento, así que lo toma del cuerno y sigue su camino.

Al llegar a casa ubica al escarabajo en una caja llena de tierra que colectó en el jardín. Le puso algunas hojas y madera húmeda. Se queda admirándolo durante algunas horas y seguía preguntándose cómo es que el escarabajo podía moverse. Esa es una cuestión para resolver después, pues al fondo se oye el llamado para que Luis vaya a cenar. Baja al comedor y se sienta junto a su padre y madre.

—Otra vez dejaste la puerta del patio abierta y Sasha se escapó —le llama la atención su padre—, ¿cuántas veces te debo decir lo mismo?

—No la dejé abierta —masculla Luis.

—¿Qué dices, muchacho? Habla fuerte —insiste su padre.

—¡Que no la dejé abierta! —le responde Luis.

Su padre sigue comiendo, pero continúa el cuestionamiento.

—Entonces, ¿dónde está la perra? Es tu responsabilidad que se haya ido. Debes traerla de vuelta.

—Deja al niño quieto, ya te dijo que no la dejó abierta —dice la madre en tono conciliador—. Sasha ya volverá, no es la primera vez que se escapa y vuelve a la casa.

El padre molesto con la situación:

—¿Cuál niño? Este lo que es, es un tontarrón de veinticuatro años que no hace ni será capaz hacer algo productivo en la vida.

Luis se levanta de la mesa con mala cara y sin decir una palabra sube corriendo a su habitación. Acostumbraba a hacerlo para evitar confrontar a su padre. Los padres siguen la discusión en el comedor. La madre defiende a su hijo alegando que el padre nunca le ha dado un

voto de confianza. El padre por su parte hace lo mismo, indicando que la madre siempre fue muy sobreprotectora lo cual impidió que el joven Luis madurara y se defendiera en el mundo real.

A la mañana siguiente, Luis continúa sus observaciones con el escarabajo y llega a la conclusión: “La explicación de cómo se movía tenía que estar dentro del insecto”, pensó. Sin más espera, tomó un bisturí y procedió a diseccionar por el vientre de cabeza a cola. Pero solo vio que dentro del animal había una sustancia verde y pegajosa que arruinó toda su curiosidad, al tiempo que le hizo tener una sensación de calidez agradable. Por lo cual, le surge una nueva interrogante, ¿por qué se sintió tan bien abrir al animal si no logró responder su pregunta? En ese momento decide indagar más sobre aquella sensación. Toma el bisturí, lo pone en su bolsillo y sale a buscar más escarabajos.

Busca por la misma calle, pero no encuentra nada. Da la vuelta a la manzana y frente a un lote abandonado con monte que parecía que nunca lo hubiesen podado, ve a un escarabajo. Sale un poco del camino para atraparlo. Al hacerlo escucha uno jadeos un poco ahogados a unos pocos metros. Cuando se asoma a ver qué ocurría, ve a Sasha tirada en el suelo y manchada de sangre; apenas sí podía moverse. Ella levanta un poco la cabeza y se alegra de ver a Luis, parece que llorara al verlo. Él se aproxima a ella y se sienta a su lado. Antes de hacer algo quería saber por qué estaba así. Pasa su mano por encima de su pelaje buscando una herida. Rápidamente nota que no es solo una. Tenía una herida en su pata delantera derecha, otra en el abdomen y la más grave en el cuello bajo su cabeza. La perra había estado en una pelea la noche anterior con un perro negro grande que andaba por el barrio, el cual la dejó moribunda.

Él se queda junto a Sasha observándola y pensando en qué hacer. No deja de imaginar lo que diría su padre, de seguro todo sería su culpa, y su madre, de seguro lloraría durante varios días. No tiene otra opción. Toma el bisturí y lo inserta en el cuello de su mascota.

Un chillido y dos patadas fueron la reacción del indefenso animal. Mientras mira la vida extinguirse de los ojos de su Sasha, regresa esa sensación que éxtasis de cuando diseccionó el escarabajo, solo que esta vez es más fuerte. Ahora se pregunta, ¿entre más grande el animal, más excitación? Pone el bisturí de vuelta en el pantalón y sale en busca del perro negro, sabía que estaría cerca, ese animal quizás lo haría sentir otra vez aquella sensación. Luego de algunas horas no encuentra al perro, así que se va a casa. No puede dejar de pensar en la mirada de Sasha, esa mirada triste y perdida que para él tenía su encanto. Perdido entre sus pensamientos cae en cuenta de que el cuerpo de la perrita podría ser descubierto por otras personas, quienes avisarían a sus padres. Eso no puede pasar, nadie puede saber lo ocurrido. Decide esperar a que oscurezca un poco para ir por el cadáver de Sasha y enterrarla en el patio de su casa, donde debía estar por ser parte de la familia.

Llegada la noche, sale a cumplir su misión. Recoge el cuerpo de la perra y regresa a casa. Toma una pala de jardinería para abrir el hoyo necesario. Aún perdido en sus pensamientos no escucha los pasos de su madre, quien aparece a su lado y le pregunta inocentemente:

—¿Qué haces, hijo mío? —. Se queda en silencio al ver que la cabeza de Sasha asoma por la bolsa que Luis bajo sus pies.

Ve a los ojos de Luis cómo buscando una respuesta a lo que estaba pasando. Él no dice nada, ni se inmuta, sigue cavando el hoyo. La madre rompe en llanto. Luis le pide calma, pero ella, al no entender lo que sucedía y suponer lo peor, continúa más fuerte. Desesperado por el ruido que está haciendo, le dice a su madre:

—¡Cállate!, vas a hacer que tu esposo venga hasta acá, calla, por favor. ¡Qué te calles, he dicho!—le grita a su madre mientras le clava la pala en el abdomen en un solo movimiento. Su padre aparece para presenciar la escena.

—Eres un hijueputa, ¿qué le has hecho a tu madre? —dice el padre al correr a socorrer a la madre—. Apártate de mí, loco de mierda —le grita al joven Luis. El padre cae al suelo y pone a la mujer agonizante en sus brazos. Ambos rompen en llanto. Es evidente que ella no se salva.

—Yo no quería, no sé qué pasó, ella me hizo hacerlo, yo no quería, no, yo no —se lamenta Luis mientras camina hacia atrás.

El padre se levanta con rabia decidido a buscar justicia. Toma a Luis por el cuello y lo derriba. Le propina varias patadas en el torso, se lanza sobre él a reventarle la cara a puños. Luis, en el suelo, trata de alejarlo, pero no puede, su padre tiene dominio total sobre él. Rodea el cuello de Luis con las manos y aprieta tan fuerte que los ojos del joven parecieran salirse de la cabeza. Un momento después el padre libera el cuello y cae al suelo sin más fuerzas. Luis aprovechó el bistorí que aún tenía en su bolsillo y lo clavó repetidamente en el tórax de su padre. Allí quedaron tendidos en el suelo. La madre todavía respirando, aunque cada vez con menos fuerza, cruzaba mirada con su esposo, quien con lo último de sus fuerzas se arrastró hasta ella para tomarla de la mano y hacerle saber que pronto todo acabaría y los dos podrían descansar.

No pasó mucho tiempo hasta que la pareja dejó de respirar. Luis aún sigue tendido en el suelo. Luego de unos minutos recupera su calma y se queda allí mirando lo profundo de la noche. Una sonrisa cubría su rostro. Se sentía en un momento cúspide de su vida. Jamás había tenido una sensación tan fascinante en su existencia. Se levanta luego de un rato con sus nuevos pensamientos y prosigue con el hoyo que ahora debía ser mucho más grande. La tarea le toma hasta el amanecer. Cubre los cuerpos con fertilizante, luego con tierra y encima planta algunas flores amarillas.

Al terminar, entra a la casa y toma una ducha. Decide salir a dar un paseo por el barrio. Camina con las manos en sus bolsillos

pateando rocas de la calle y contemplando el pavimento como es usual. Escucha unas risas acercarse y al levantar la cabeza ve a Nina a unos pasos de él.

—Buenos días, Luisisis —le saluda la pequeña.

[Seudónimo: Velandia]

Segundo puesto

La gran obra

Edwar Andrés Berrío Ramos

Los pasos sonaron rítmicamente, fueron 4, el primero para acercarse al taburete, el segundo para tener los pies en igual posición, el tercero para impulsarse poniendo el pie derecho en la banqueta y el último para ubicar el pie izquierdo en el lugar exacto; no se necesitaba más, la obra había comenzado y todo marchaba en orden. Arthur se había torturado la cabeza durante noches enteras planeando cada detalle, el escenario, los objetos, los materiales, el ajuste de fechas y horarios, todo estaba puesto en su lugar y era momento de comenzar. A lo largo del último mes consiguió hacer cuatro ensayos casi perfectos, sus manos gastadas, los moretones de su cuerpo por las constantes caídas, la gran cantidad de veces que llegó a perder la consciencia y las marcas en su cuello eran las más fieles pruebas de la auto convicción en sus actos. Solo para este gran día, la manifestación absoluta de su esfuerzo y determinación, la culminación trascendental del arte, la filosofía, la ciencia y lo eterno, la existencia misma expresada en actos, en su obra.

En el escenario se encontraban un banquito, un ordenador, una cuerda, un cronómetro, un viejo reloj de pared, una cama simple y todo lo necesario para formar el típico escenario de la vida de un joven estudiante de matemáticas, pues este era el papel que Arthur interpretaba en su obra, un prodigio para los números; los encontraba en todas partes, su alrededor se organizaba a partir de algoritmos incrustados en su comportamiento y en el de los demás, el orden natural de las cosas se regía a través de razones matemáticas elementales, los números formaban el conjunto de todo aquello que lo rodeaba; la posición de su cama en relación con las baldosas del piso, sus camisas ordenadas progresivamente en relación con la cantidad de costura de sus cuellos o sus zapatos ordenados a partir del largo de sus agujetas. Pero algo le impresionaba aún más, el significado puro de las cosas, es decir, la temporalidad a partir de la cual tomaba forma su entorno, ese constante y progresivo ciclo del transcurrir del tiempo a través del espacio, nada más bello, más puro.

Arthur siempre llevaba consigo su agenda, en ella anotaba detalladamente las cosas que iba a realizar en su día, desde que se levantaba hasta la hora en la que se iba a dormir; todo debía ser planeado, organizado y ejecutado al pie de la letra, siempre. Nada podía alterar este ciclo previamente detallado, no había lugar alguno para los errores, pues esto significaba fallarle a la vida, al orden, a las matemáticas y al tiempo, era corromper las sagradas leyes que le daban forma al universo. El libreto de la vida, que Arthur trazaba con tanto cuidado, era lo que más sentido le daba a su paso por este espacio terrenal, las cosas debían hacerse y ser realizadas con precisión milimétrica.

De ahí que la obra contara con todo lujo de detalles, la fecha del evento ya se había decidido, ocurriría el día 13 del mes 11 a las 17:23 en punto y finalizaría a las 17:29, para que de esta manera los elementos cuantificables dentro de la puesta en escena fueran parte del conjunto de los números primos, un momento doblemente único e irrepetible. Se estimó que la cuerda necesaria para los ensayos

sería de 84 metros de largo con 1 cm de grosor y otros 7 metros de cuerda de 2 cm de diámetro para la presentación final, se necesitaba además un taburete de exactamente 45 cm de alto, debía ser de madera para lograr el sonido esperado tras su caída; adicionalmente, se precisaba de un cronómetro y conocimiento sobre nudos y amarres. Cada mañana se despertó a las 6 a.m. para leer sobre anatomía y la naturalidad en los movimientos musculares, practicó yoga y meditó por más de una hora diaria, comió, pensó, durmió y vivió de manera sana, siempre pensando en el plan, conservando su integridad y la de su obra, sin fallos, sin contratiempos, todo medido, contemplado y ajustado.

Aquí se encontraba ahora el joven Arthur. Frente a él, su cuarto que era el escenario y el silencio absoluto que era su público; la noche anterior había hecho todos los preparativos, había medido, cortado y anudado la cuerda con las proporciones y los ángulos adecuados. La primera parte estaba sujeta fuertemente a una barra instalada meses atrás en la pared, y desde este punto la cuerda pasaba hacia una viga de roble en la parte superior del techo, rodeándola con exactamente tres giros, con una distancia de 0,5 cm entre cada uno para evitar perder la tensión de la parte principal con la viga, pues sería un horror arruinar el simbólico ángulo pitagórico de 30 grados que se formaba entre la cuerda y la pared. La parte final de la cuerda poseía un gran nudo que enmarcaba un orificio perfecto en todos los sentidos, y la gravedad hacía que estuviera en forma de gota de agua a punto de caer; el taburete estaba ubicado justo debajo de la parte final de la cuerda, separados por un espacio de 1,55 cm, dos metros hasta el piso, medidas justas para actos justos.

Eran ya las 17:23 y estaba posicionado en la silla. Arthur miró hacia todos lados y reverenció antes de comenzar, se dispuso a encender el cronómetro y ver el reloj de la pared sin mucha atención; seguidamente pasó su cabeza por medio del orificio de la cuerda y acomodó el nudo con dirección en su espalda, respiró profundamente tres

veces y sonrió; sentía el sudor frío de su frente y el leve temblor de sus dedos, en el éxtasis de los minutos de gloria que le esperaban. Tras la tercera exhalación estiró su pierna derecha hacia delante y hacia atrás, la regresó con fuerza a la vez que golpeaba el banquito en el que estaba subido, sin poder soportar el impacto. Cayó al suelo produciendo el espectacular sonido de la madera chocando con el suelo de concreto y cerámica, rebotó levemente una vez más y se apagó en un tintineo armónico que poseía una constante progresiva del sonido hacia un tono agudo, el mismo que terminó por perderse en el vago eco de la habitación.

Los pies de Arthur se agitaban en el aire buscando un sitio en el que apoyarse, el taburete se encontraba tan solo a 2 cm; le era imposible alcanzarlo en sus condiciones, pues este se encontraba en el infinito. Su cuello y su rostro tomaron colores muy vivos, primero tonos rosados, luego tonos rojos y al final tonos azules; así mismo se presentaban una gran cantidad de expresiones, todas generadas por la presión ejercida en su cuello. Poco a poco Arthur se quedaba sin oxígeno, sus pulmones trataban inútilmente de expandirse, sus latidos se hacían cada vez más lentos, sus ojos parecían estar a punto de salir de sus cuencas y la visión le resultaba borrosa; estaba cerca de desmayarse. Antes de perder totalmente la consciencia y en medio de la sacudida dirigió su mirada en dirección al reloj, y ahí fue cuando se dio cuenta: el reloj se había detenido a las 17: 25. Esto era imposible, la obra no podía llevarse a cabo con este error. Desesperadamente agitó todo su cuerpo, sacó las últimas fuerzas que le quedaban, pues rechazaba morir así, qué vergüenza, qué deshonor, qué lamentable, la mayor de las miserias, las razones de su existencia se perdían con ese reloj intacto, congelado en el tiempo, qué atrocidad. De un momento a otro cayó al suelo. El repugnante sonido de su cuerpo estrellándose contra el piso se expandió por la habitación, seguido de una gran bocanada de aire y un quejido sin aliento, como si un bulto de papas hubiera caído al suelo, el mismo sonido que tras los

ensayos lo sacaba del ensimismamiento y la gloria. Falló, su obra era un fracaso, todo por unas baterías; la cuerda se había cortado por la fricción contra un borde de la columna en medio de su desesperación, pero se alegraba, era asqueroso pensar en morir a destiempo. Lentamente fue recuperándose y recordó cosas muy importantes, así que sacó su libreta del bolsillo trasero de su pantalón y buscó un lapicero. Su letra se torcía involuntariamente a medida que escribía y anotó con calma mientras recuperaba el aliento: “Agendar una nueva fecha. Lijar el borde de la columna. Cambiar las baterías del reloj. Comprar un regalo para mamá, mañana es su cumpleaños”.

[Seudónimo: Berrió]

Mención

Brenda

María Fernanda Meza Pacheco

El día que los hombres llegaron al pueblo marchando, con la mirada decidida, con sus armas en las manos y la convicción silenciosa en las botas del Estado, le quitaron todo lo que tenía: una madre. Muy pocos la conocían de verdad, por eso muy pocos sabían lo que había muerto en ella ese día. Días después, cuando pasaron los otros, los que se escondían en el monte y daban de comer, sacó una mochila de los restos de la casa quemada, donde se pudría el cadáver ultrajado, y la llenó de ira, indignación y una muda de ropa.

Brenda no entendía a lo que jugaban los hombres, ni sabía muy bien cuál era la diferencia entre estas armas terroristas y las de los hombres que vinieron con la bendición y el respaldo de la ley. Solo conocía el hambre de toda la vida, las lágrimas de su madre y ahora la muerte. Cocinó, lavó y sirvió de alivio para uno de los hombres del comandante. Cuando se dio cuenta de que tenía la barriga llena de huesos, su dolor cambió. Se sintió como despertando de un sueño y miró por primera vez lo que sucedía a su alrededor: los prisione-

ros, las mujeres utilizadas y deshechas, la enfermedad y la promesa de la muerte en cada par de ojos que encontraba. No habían sido especialmente perversos con ella, pero sabía que esto no era lo que quería para su criatura.

Sin importar a dónde fuera, la gente a su alrededor seguía sin conocerla, pocos se aprendieron su nombre, así que pocos lo notaron cuando se escabulló del campamento en medio de la noche, guiada por una linterna de baterías y su deseo de sobrevivir y quizás vivir.

“Brenda era una mujer fuerte”, murmuraban las lenguas del pueblo y los ojos miraban con pesar lo que quedaba de Brenda en este mundo, mientras el niño agarraba el rostro de su madre con las manos manchadas de sangre y lloraba. Sentía la frialdad del cuerpo, lo morado de los labios, la oscuridad que consumía a su madre, como una herida en el alma. Y aunque no entendía la vida ni mucho menos la muerte, entendía sin querer que ya no la vería jamás y que sería uno más como ella: un huérfano en un pueblo sin memoria.

Las miradas apesadumbradas que lo convertían en una visión, en pocos días mudaron de la lástima a la sospecha: “¿quién sabe qué habrá hecho?”, “eso es que estaba metida en negocios turbios”, “¿se acuerdan de que era desmovilizada?”, corrió la voz por el pueblo y finalmente en el imaginario colectivo pasó Brenda de ser una mujer fuerte y admirable a ser merecedora del castigo máximo que una mano sin rostro había administrado efectivamente y para beneficio de todos. Una vez que el pánico de ver a aquellos dos hombres completamente vestidos de negro, como las parcas, pasó, se olvidaron de los verdugos que, en moto, habían aparecido de la nada para disparar a la mujer que llevaba una ponchera en la cabeza y saludaba a todos alegremente gritando “coca, carimañola, empanadas”, y que con la misma facilidad desaparecieron después de dispararle a la líder ambiental, con suma precisión, en el corazón.

En ese momento en que oyeron el estruendoso disparo, todos agacharon la cabeza y sintieron en sus corazones agitados el recuerdo vívido de la última vez que había entrado el ejército al pueblo. Creyeron que habían vuelto, con sus pasos serenos, a acabar con lo que quedaba. Cuando vieron desaparecer la moto y no sucedió lo pronosticado, felizmente dieron su espalda a la sangre del muerto corriendo por la calle principal y esperaron a que el sol del día siguiente se llevara el cuerpo y junto con él, el recordatorio constante de su propia fragilidad, de su indefensión, para poder volver a vivir una vida sin memorias, a tener sueños sin vida, a morir en la bendición de la indiferencia.

La ambulancia tardó en llegar más de cuatro horas y durante esas cuatro horas se quedó el niño que Brenda bautizó Samuel llorando bajo el sol y el calor, llorando sin lágrimas. Nadie se preguntó por qué había tardado tanto, si la ciudad estaba a menos de una hora. Solo miraron el espectáculo como lo que era y cuando vieron que la subían a aquello que se había convertido en un carroza fúnebre, se olvidaron del cuerpo y del niño que se colgaba de él.

Samuel apenas tenía ocho años y poco entendía de lo que le preguntaban los adultos, que si su mamá tenía enemigos, que si estaba metida en negocios raros, que si su papá le pegaba a su mamá. Samuel ni siquiera tenía papá. Como no sabía qué responder, se quedó callado y los demás asumieron que era estúpido. Dijeron que lo llevarían con alguno de sus familiares, pero Samuel tenía exactamente lo mismo que había tenido Brenda a su edad: a nadie, excepto a su madre. Cuando le preguntaron a qué se dedicaba su mamá, les dijo que ella vendía dulces y fritos, de eso vivían. Cuando le preguntaron si había estado haciendo algo diferente estos días, les respondió que en los últimos meses se reunían con los demás habitantes del pueblo para hablar del agua del río que ya no podían utilizar porque se había ensuciado desde que se construyó la fábrica río arriba. Eso era lo que le había explicado su mamá. Samuel

también recordó que su madre le había explicado que alguien se robaba el dinero de todos y que por eso tenían que madrugar todos los días para alcanzar a recoger agua limpia en baldes para tomar, comer y bañarse, cuando se podía. Pero Samuel no entendía quién era el ladrón y por qué no lo atrapaba la policía, y lo que sí sentía eran las lágrimas de su mamá cuando hablaba del tema y por eso no le hacía demasiadas preguntas.

Cuando vio cómo se llevaban el cuerpo de Brenda, su hijo sintió en ese momento la misma herida que llevaba cicatrizada su madre y supo sin saber que los unía el dolor. Samuel no sabía mucho de Brenda, pero lo poco que sabía lo hacía el único que la conocía, el único que podía ver en sus ojos la verdad de su alma, el color de su espíritu. Por eso, cuando nadie lo veía, Samuel corrió hacia el pueblo a refugiarse en aquel cuartito en que vivían; ya descubriría qué hacer después.

En medio de la huida, aunque nadie lo perseguía, se perdió en el monte. Entró en pánico y comenzó a gritar esperando que su mamá viniera, que alguien viniera: el dios de la iglesia de los domingos, el Estado del que hablaba su mamá, su papá que nunca había visto, cualquiera serviría. Y alguien vino. Un grupo de hombres vino y le ofrecieron cargar un arma a cambio de comida y compañía. Samuel tomó el arma y deshizo, sin sospecharlo, los pasos que su madre había dado en medio de la noche, casi nueve años atrás.

[Seudónimo: Ariam]

Modalidad Ensayo

Primer puesto

El incansable repetir de los días

Federico Quiroz Gómez

Para algunos, vivir consta de la integración de nuevas experiencias, algunas extremas o cercanas a la muerte, pero generalmente, la vida no es más que la unión de eventos más o menos similares y pasajeros. No somos los grandes momentos por los que pasamos sino pequeños momentos aleatorios, y por eso, las acciones que hagamos han de ser virtuosas o, como dice Fernando Pessoa: “Pon todo lo que eres en lo mínimo que hagas”.

Con el auge de las redes sociales como Instagram, Snapchat o Be-Real, es fácil creer que todo cuanto hagamos debe ser grandioso o tener un sentido ulterior para justificar nuestro finito tiempo por la Tierra. De dichas redes sociales salen estereotipos novelísticos, ficticios e implausibles para la mayoría de las personas; estereotipos que además son en sí mismos irreales, por todas las ediciones que pueden llegar a tener. Sin embargo, el bombardeo masivo, selectivo y atractivo que tienen dichas imágenes y conceptos, como “los influencer”, impactan en la idiosincrasia de los jóvenes; entonces

estos, consciente o inconscientemente, buscan actividades de ocio continuamente, experiencias únicas y viajes sin rumbo, todo esto rayando con la hipomanía. No por nada recalcan los padres: “¿Cuál es el afán?”.

Estas idiosincrasias en los jóvenes no son cualquier cosa, pueden verse en las cifras de mortalidad por accidentes prevenibles, en el consumo de sustancias psicoactivas o las altas tasas de suicidio que se observan en la población preadolescentes, adolescentes y adultos jóvenes. Puede que estas decisiones extremas o importantes se vean influenciadas por la finalización en las conexiones neuronales del lóbulo prefrontal durante la adolescencia y su consecuente adquisición en la inhibición de impulsos, como también puede ser que los estereotipos de cómo se debe vivir están demasiado costosos, tanto que cuestan la vida misma. De allí surge la pregunta de si hace falta que los sabios o aquellos que más han vivido nos cuenten consejos de cómo vivir, entendiendo que la experiencia de cada individuo depende de su contexto.

Comprende el ermitaño que el arte de vivir consta de un incesante actuar con sorpresas esporádicas, mas no de esperar desde el lunes el fin de semana. Vivir se trata de admirar y dejarse sorprender por cuanto tiene el mundo para darnos: los encuentros cotidianos con otros, la vitalidad que brindan los conocimientos o descansar lo suficiente para mitigar la fatiga crónica que acompaña nuestro esfuerzo. Todo cuanto intentemos para llegar a ser esa figura divina, sea Dionicio o sea otro “influencer”, será en vano. No hay que demostrar nada, obtener poderes o materiales, ser afrodisiaco ni estar al borde de la muerte para darle alegría al incansable repetir de los días. Cosas que pueden parecer “simplonas” como un chisme o una conversación, las comidas bien preparadas, crear un hábito de lectura, de cine o gimnasio, trae más estabilidad emocional y sentido que, por ejemplo, hacer piques en una moto.

Vivir es una acción presente, pero estamos habituados o desensibilizados a esos pequeños detalles que siempre están ahí, y al momento que hagan falta, se notará que algo está raro en el ambiente. Es difícil notar que está haciendo buen clima si no hay una actividad que dependa de ello, pensaremos que es lo normal, lo que debería ser, pero cuando hay un evento disruptivo como una tormenta, podremos mirar atrás y valorar esos días que fueron cálidos y de buen clima. Ya decía Soren Kierkegaard: “La vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás, pero ha de ser vivida mirando hacia delante”; en otras palabras, el pasado se recuerda y el futuro se especula.

No todos estarán de acuerdo con la calma en el pasar del tiempo, con la cotidianidad. Tomarán frases como “no se baña dos veces en el mismo río” de Heráclito o que nuestra experiencia de vivir se basa en la consciencia de que podemos morir, la percepción de eventos disruptivos, como dice Séneca: “Las pequeñas muertes antes de la muerte final”. También hay quien dirá que se disfruta más en el infierno cristiano que en el cielo, haciendo referencia a la continuación de la parranda después de la muerte, pero a fin de cuentas el argumento principal se basa en que la euforia es aquello que le da sentido a la vida, porque vivir es tedioso y es cansino. Aunque debemos cuestionar la necesidad de encontrarnos eufóricos la mayor parte de la vida.

Vivir es más que dejarse vivir, es un aprendizaje que adquiere el hombre con las experiencias y con las impresiones de sus sentidos. El paso de los días no se trata de una monotonía, por ejemplo, de quedarse en cama hasta que llegue la muerte sino, de actuar libremente y construir las metas o cumplir los sueños que vayan surgiendo en el camino, y como toda construcción, toma tiempo y perseverancia.

Aceptamos que nuestro afecto es fluctuante y puede decaer ante la frustración, pero ahora, parecemos seres que, en medio del bombardeo publicitario y el mercantilismo, tienen, ahorran o acumulan

emociones; hemos perdido la posibilidad de emocionarnos o de tomarnos nuestro tiempo en los procesos individuales. Muestran las redes que hay que vivir rápido, intensa y eufóricamente, debemos dejarnos ser “influenciados” y debemos saber de todo para hacer de todo. Sin embargo, debemos pasar por momentos incómodos. Se debe integrar a nuestra identidad el reconocer que somos vulnerables, que algunos eventos dolerán, y que tuvimos errores y experiencias desgarradoras. El dolor y la pérdida son algo inherente a nuestra existencia.

En conclusión, la definición de la vida no es única y mucho menos será único el sentido para vivirla porque todos los que leemos esto, vivimos, y nuestra experiencia esta permeada de nuestro contexto. Disfrutamos aquello que nos pasa, lloramos lo malo, buscamos la felicidad o el bienestar como fin último, pero descansamos en eventos cotidianos para continuar esa jornada eterna que es mantener los signos vitales la mayor cantidad de tiempo posible. Más que vivir eventos históricos o de aceptar la constancia del tiempo, las personas deberíamos enfocarnos en que el existir no es nada ajeno a nosotros. Las impresiones de lo externo son tantas como personas hay en el mundo, y las experiencias que vive cada individuo son igualmente particulares, pero la mayoría, en concordancia con el sentido biológico, buscamos el bienestar e invertimos nuestro tiempo, a nosotros mismos, a actividades y a otros.

[Seudónimo: Cecilia Alfarero]

Reseña de los autores

Rubén Alejandro Velandia Úsuga

Rubén Velandia nació el 31 de diciembre de 1997 en Saravena (Arauca), hijo de Delfi Úsuga y Libardo Velandia, aunque su crianza fue influenciada solo por su madre. A los 17 años ingresó a la Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, donde se graduó de ingeniero biológico en 2021, continuando estudios de maestría en la misma universidad en el área de ciencias-biotecnología. En la actualidad estudia medicina en la Universidad de Antioquia. Ha tenido múltiples logros académicos a lo largo de su vida, entre los que se cuentan: mejor bachiller (2014), octavo ICFES del Departamento de Arauca (2014), matrícula de honor en varias ocasiones en su primer pregrado (2015-2021), mejor trabajo de grado de ingeniería biológica (2021), tercer lugar en el Concurso Otto de Greiff en el área de ciencias naturales (2021). Recientemente descubrió la sensibilidad que se puede desarrollar gracias a la escritura de historias tipo crónica o cuento, que a su vez le han permitido apreciar más la vida y tragedia de otras personas. Aún no descubre su estilo propio, pero sigue en la búsqueda.

Edwar Andrés Berrío Ramos

Un actor verdaderamente comprometido con su obra, lucha incansablemente para realizar los actos en su presentación con una precisión impecable, busca el sentido, la emoción, la verdad, la profundidad alrededor de su existencia y la perfección en su comportamiento. Destaca su frialdad y capacidad de esquematizar sus ideas a lo largo de su gran obra, buscando siempre la realización pura de sus ideales.

María Fernanda Meza Pacheco

Mi nombre es María Fernanda Meza Pacheco, soy de Montería, Córdoba. Actualmente estudio medicina en la Universidad de Antioquia; estoy en noveno semestre. Desde pequeña me ha gustado leer y escribir, más lo primero que lo último. Soy amante de la fantasía, sin embargo, esta vez quise intentar retratar un poco la historia de este país lleno de olvido, especialmente en honor al trabajo de la Comisión de la Verdad. Por nuestros muertos, ni un momento de silencio, ni un segundo más de olvido.

Federico Quiroz Gómez

“De mí, diría que soy un estudiante como cualquier otro, con ideas sueltas y sueños, algunos inalcanzables, otros a punto de terminar como graduarme del pregrado que quise desde pequeño. Me esfuerzo mucho en el arte y la lectura porque algún día me gustaría pensar que tengo algo de sabio, o al menos, de conocedor; y siempre recomendaré *Memorias de Adriano* por Marguerite Yourcenar porque cambió la forma en que veo el mundo”.

Autores y obras participantes en el concurso

Cuentos		
TITULO	SEUDONIMO	AUTOR
Aceptación	Ana David	Ana María Chaverra David.
El Cielo no es azul	Camilo Cienfuegos	Crhistian Camilo Gómez Duque
Seis años disfrazados de infancia	Jackie	Consuelo Jackeline Aza Valenzuela
Alas de ángel	Durante	Diego Alejandro Arias Álzate.
La gran obra	Andrés Berrio	Edwar Andrés Berrio Ramos
Historias de Amor Tardío	Juanita Portassio	Emilio Alberto Restrepo Baena
El dios está quebrado, con que lo curaremos	Cecilia Alfarero	Federico Quiroz Gómez
Paranoide ... o ¿Paranoides?	Johan FLG	Johan Felipe Lotero Giraldo

Sobre las causas y el azar	Alonso G	Julio César Gómez Montoya.
El Salto	José Luis	Kevin Tutalchá Oviedo
Un constante recuerdo	L.T	Lina María Triana Marín
Mi querido mío	LU	Lucía Lopera López
Caballos con alas	Maga naranja	Luisa Fernanda Mesa Franco
Cuentos de un Presagio	Mily	María Camila Gómez Osorno
Brenda	Ariam	María Fernanda Meza Pacheco
Obsesión Divina	Roberto Bolívar	Pablo Restrepo Maya
“El doble”	R.F. Kadmos	Richard Fernando Santafé Rolón
Autocontemplación	Rubén Velandia	Rubén Alejandro Velandia Úsuga
Ni un besito de aceituna	Félida San Pedro	Valeria Cano Cardona

ENSAYOS

TÍTULO	SEUDÓNIMO	AUTOR
El incansable repetir de los días	Cecilia Alfarero	Federico Quiroz Gómez
El concepto de Estado en Thomas Hobbes: del gobierno de las pasiones a la vida en sociedad civil.	Logar	Laura Sofía Loaiza García
Esto no es un ensayo de cine.	Gengis	Oscar León Restrepo López



(57) 604 219 53 30 | imprinta@udea.edu.co



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Medicina

d



Concurso Literario

2022

Cuento y ensayo